

La curva de las higueras

© Aldo Stukamaro

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723 / Exp. No. 5044419

Después de pasar horas en total oscuridad, empecé a distinguir las siluetas de quienes caminaban a mi lado. El cielo se fue tornando de un color azul pálido que me permitió distinguir las montañas dibujadas a la izquierda y un mar sereno a la derecha. Entonces aparecieron los colores y el nuevo mundo cobró vida.

Nunca había llegado tan lejos de mi casa. ¿Volvería? La abuela me había dicho que no lo hiciera, que no regresara nunca más. Sin embargo, en ese momento supe que algún día tendría que contrariarla. La única razón por la que uno debería irse tan lejos es para poder volver.

El sol despuntó casi justo frente al camino, sobre el mar. Poco más adelante me subí a una roca y miré hacia atrás.

Lo primero que me sorprendió fue no ver Málaga. La ciudad estaba cubierta por una especie de bruma que difuminaba sus contornos. ¿O sería humo? Era imposible saberlo a esa distancia. Miré a la carretera. El río de gente era interminable. La costa describía la suave curva de una bahía y se podía ver al menos hasta diez kilómetros de distancia. Todos esos kilómetros estaban ocupados por miles y miles de personas que avanzaban hacia donde yo estaba.

Un hombre salió de la multitud y subió a la misma piedra que yo, pero en vez de mirar hacia atrás, se puso la mano en la frente a modo de visera y enfrentó al sol. Estaba claro que a ese hombre le importaba más hacia dónde íbamos que de dónde veníamos. Bajó la vista, sacó un reloj del bolsillo y lo miró.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

Me observó como si hasta ese momento no se hubiera percatado de mi presencia.

—Las siete y media —me dijo. Bajó de la piedra y continuó andando. Lo seguí con la mirada hasta que, cuando ya casi lo había perdido de vista, se detuvo. Se dio vuelta, retrocedió esquivando a las personas que avanzaban en sentido contrario y volvió a subir a la piedra.

—¿Dónde están tus padres? —me preguntó.

—No lo sé.

—Entonces estás perdido.

—No, estoy solo.

—Vale, no quiero saber más, pero te voy a recomendar una cosa. Camina. Camina lo más rápido que puedas y lo más lejos posible. Quedándote aquí mirando hacia atrás no resolverás nada. ¿Has entendido?

—Sí —contesté, y pensé que ese era un consejo muy parecido al que me había dado mi abuela.

El hombre saltó de la roca y me extendió la mano para ayudarme a bajar. La acepté. Cuando caí a tierra no me soltó la mano, y me la sacudió de arriba a abajo a modo de saludo.

—Antonio Reyes, para servirte —me dijo.

—Gabriel Álvarez García, un gusto conocerlo —contesté—. ¿Puedo ir con usted?

—Puedes caminar a mi lado, pero tendrás que ser rápido. A ver si llegamos al pueblo antes de que esta horda acabe con todo.

Resultó que el paso de Antonio era algo más que rápido, lo que me obligó a correr un poco cada cierto tiempo para no perderlo. Adelantábamos a casi todos y no era para menos, parecía que éramos los únicos que no llevábamos equipaje. Hasta los niños cargaban bultos pesados. Poco después atravesamos un puente a cuyo lado había un cartel que decía: «*Río de Vélez*».

Al entrar en Torre del Mar, Antonio se desvió de la carretera por una calle perpendicular y dos manzanas más adelante entró en un bar. Detrás de la barra un

hombre se esforzaba en atender a varias personas al mismo tiempo. Al ver entrar a Antonio levantó los brazos.

—¡Hombre! —gritó—. ¡Ya pensábamos que no íbamos a verte más por aquí!

—Todavía no os habéis librado de mí. ¿Tenéis café?

—¡Qué va! Se lo han bebido todo.

El hombre me señaló.

—Tengo leche para el niño si quieres —dijo.

En el otro extremo de la barra una mujer servía leche a los niños que esperaban formando una fila. Cada uno traía su propio cuenco, que la mujer llenaba de una jarra aún humeante. Algunos de los padres de los niños intentaban pagar, pero la mujer los despachaba sin cobrarles nada. El hombre del bar miró a su mujer y luego a Antonio.

—Así no vamos a durar mucho —dijo.

—Puede que de todos modos nadie dure —le contestó Antonio.

El hombre llenó un vaso de leche y me lo pasó a través de la barra. Luego cortó dos panes a la mitad y les puso un trozo de queso entre ellas.

Probé la leche. Estaba tibia y espesa, costaba mucho hacerla pasar por la garganta, pero no quería rechazarla y parecer descortés. Fui bebiéndomela a pequeños sorbos.

—Me queda medio jamón, pero sabrás entender que me lo guarde para mí —dijo el hombre.

Antonio hizo un gesto con la mano.

—No me tienes que dar explicaciones, Juan —dijo—. Pero yo, si fuera tú, iría pensando en cerrar pronto. ¿Has visto lo que viene por la carretera?

Juan contempló azorado como la gente se empezaba a apretujar en la puerta. La fila de niños crecía más rápido de lo que su mujer llenaba los vasos. Antonio puso dos monedas sobre el mostrador.

—Cierra, hombre, mientras puedas, que esto no da para más —Antonio tomó los panes con queso y me miró a mí, que aún estaba intentando pasar la leche—. Deja eso y vámonos —me dijo—. No nos conviene retrasarnos.

En ese momento la mujer anunció que le leche se había acabado. Tomé el vaso de leche, que aún estaba por la mitad, y se lo di a uno de los niños.

Mientras íbamos hacia la salida vi que había un almanaque en la pared y me paré a mirar la foto de la parte superior.

Era una imagen de La Malagueta tomada desde lo alto de Gibralfaro. En primer plano se veía la plaza de toros, y más allá las calles y las casas del barrio. Luego bajé la vista hacia abajo. Allí estaban desplegados los días de Enero y Febrero de 1937.

—¡Vamos niño! —me dijo Antonio—. No te distraigas que tenemos que recuperar posiciones.

De regreso en la carretera Antonio me pasó uno de los panes con queso que le habían dado en el bar y comimos mientras caminábamos. El sol empezó a calentar. Me quité el abrigo y me lo até a la cintura. Antonio también se quitó su abrigo y se quedó en mangas de camisa. Entonces observé con más detalle a mi compañero de viaje. Debía de tener unos cincuenta años de edad, el cabello blanco por completo y un bigote largo de puntas finas. En su gesto aparecía una media sonrisa que dejaba ver un sutil rastro de ironía.

Cerca de las once de la mañana llegamos a una cuesta en donde la carretera quedaba encajonada entre la montaña y el mar.

—Del otro lado de la cuesta hay un pequeño pueblo que se llama Lagos —me dijo Antonio—. Falta poco.

Entonces noté que algo se movía en el mar. Al darme vuelta, me encontré con un enorme barco de guerra que avanzaba en paralelo a la costa en el mismo sentido en que nosotros lo hacíamos. Le toqué el brazo a Antonio y le señalé el barco. Era imponente, debía de tener doscientos metros de largo y estaba lleno de cañones.

Dos torretas dobles en la proa y otras tantas en la popa. En la banda lateral tenía otros cuatro cañones simples, y más hacia la proa se llegaba a leer: «*Islas Baleares*». Por la espuma que levantaba parecía avanzar a gran velocidad.

Empezamos a subir la cuesta mientras no le perdía ojo al barco, que en ese momento disminuía su velocidad. Poco después se detuvo del todo frente a la parte más alta del promontorio.

—Esto no me gusta —dijo Antonio—. ¿Qué hacen allí parados?

—Se están moviendo los cañones —grité.

—¿Estás seguro? —Antonio dejó de caminar—. Yo no veo nada. Dime qué más pasa.

No llegué a contestar. De los cañones del *Baleares* brotaron llamaradas rojas y luego humo. La detonación tardó un instante más en llegar a mis oídos, y después de ellas se oyó un silbido agudo. Dos segundos después los proyectiles impactaron en el mar, muy cerca de las rocas que había en la parte baja del acantilado, levantando columnas de agua.

En la carretera cundió el pánico. Las personas gritaban y corrían en ambos sentidos. En medio del griterío Antonio me dijo algo que no oí, y acto seguido tiró de mí. Pretendía retroceder, pero yo me resistí, había visto algo: una niña sola e inmóvil mirando hacia el barco. De un tirón me zafé de la mano de Antonio y corrí por la carretera.

—¡Gabriel! —oí a Antonio gritar detrás de mí.

Hubo una segunda detonación. Y esta vez el impacto fue en el medio de la carretera, justo en la parte más alta de la cuesta en donde el grupo de personas era más nutrido. Una nube de escombros y polvo escondió el lugar de la vista. Seguí corriendo hacia la niña, y cuando ya había recorrido cerca de la mitad de la distancia que me separaba de ella, una tercera andanada de bombas explotó. La tierra tembló. Vi volar un carro, un borrico y cuatro personas que un segundo antes habían estado intentando lograr que el animal se moviera. Dos décimas de segundo

después me llegó la onda expansiva y me lanzó hacia atrás. Cuando caí al suelo volví a levantarme de un salto, logré aspirar una bocanada de aire caliente y miré hacia donde estaba la niña. No podía ver nada, el aire estaba lleno de polvo, pero la brisa del mar poco a poco lo fue disipando. Entonces la vi. Estaba tirada boca abajo, quieta y con tierra encima.

Ya no oía las explosiones, estaba sordo, solo sentía vibrar el suelo a cada impacto. Cuando logré llegar hasta la niña, me agaché y le di la vuelta, despacio. Al enfrentar su rostro me encontré con una mirada perdida y vacía. Entonces la niña pestañeó. Estaba viva.

—¿Estás bien? —le pregunté sin oír mi propia voz a pesar de que gritaba.

No me contestó, quizás también estuviera aturdida. Alguien me tomó por la espalda, y al darme vuelta vi la cara de Antonio. Estaba furioso.

—¿Estás loco, niño? —gritó—. ¡Vamos a morir! ¡Salgamos de aquí de una vez!

—Tenemos que llevarla —dije sosteniendo la cabeza de la niña.

—No podemos.

—Váyase usted. Yo me quedaré con ella.

—¿La conoces?

—No.

Antonio miró a la niña, al barco, y luego a mí.

—Malditos seáis vosotros dos —dijo—. Entonces se cargó la niña al hombro. Retrocedió por la carretera hasta el primer paso que encontró hacia el interior. Era un sendero con un cañaveral a ambos lados que poco más adelante nos llevó a un camino más ancho. Media hora más tarde llegamos a una casa. Antonio acostó a la niña en el suelo y la observó. Ella tenía los ojos cerrados. Detrás de una de las ventanas de la casa, un hombre nos miraba con desconfianza.

—Buen día —dijo Antonio—, ¿nos puede dar agua?

El hombre abrió la ventana.

—¿Viene alguien más? —preguntó.

Antonio miró atrás, hacia el camino.

—No que yo vea desde aquí —dijo.

Pensé que el hombre no nos daría nada, pero al rato apareció con un cacharro lleno de agua. Antonio lavó el polvo de la cara de la niña, y ella empezó a despabilarse.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Antonio.

—Teresa.

—¿Cuántos años tienes?

—Nueve.

—¿Estás sola?

—Estaba con mi familia, pero los perdí durante la noche. No sé si están delante o detrás.

Teresa se sentó y luego se puso de pie. Parecía ilesa.

—¿Puedes andar? —le pregunté.

—Pues, creo que sí —dijo.

Antonio se acercó al dueño de la casa.

—Tenemos que ir en dirección a Nerja —dijo—, pero ya no se puede ir por la carretera. ¿Conoce usted algún otro camino que vaya por el interior?

—Pues caminos hay, pero son senderos de borricos que suben y bajan. Vais a tardar una eternidad, y eso si no os perdéis.

—Deme usted las instrucciones, que luego ya veremos cómo nos apañamos.

El hombre se pasó un largo rato dándole indicaciones a Antonio, que el monte tal, el cruce cual, la casa de fulano, mientras los cañonazos aún retumbaban a lo lejos.

Partimos por un sendero que subía en zigzag a la montaña. Caminar por allí era mucho más trabajoso y agotador que caminar por la carretera. Sentía las piedras filosas intentando clavarse en las suelas de mis zapatos. Otras veces se me doblaba un tobillo al pisar alguna piedra redonda. Antonio caminaba evitando pisar las

piedras, pero Teresa parecía muy poco experimentada en ese tipo de terreno, iba dando tumbos hasta que resbaló y terminó en el suelo. A partir de allí Antonio la llevó de la mano en los lugares más difíciles.

Cerca de las dos de la tarde llegamos a otra casa. Antonio la rodeó y detrás apareció una fuente. A la vista del agua, Teresa corrió. Entonces pensé que era probable que la niña no hubiera tenido tanta suerte como yo con la leche de la mañana. Cuando Teresa se apartó de la fuente, llené mis manos y me las llevé a la boca. El agua estaba fresca y deliciosa. Después de saciar la sed metí la cabeza debajo del chorro.

Mientras Antonio bebía, apareció una mujer guiando una veintena de cabras. Antonio la saludó y le preguntó si podía venderle un poco de pan. La mujer se mostró ofendida.

—Aquí el pan no se vende —dijo—, se da y punto.

La señora nos trajo panes embebidos en jugo de tomate y ajo. Nos sentamos a la sombra de dos árboles de hojas grandes y redondas que había junto a la fuente. El pan con el ajo era picante pero sabroso, y me lo terminé enseguida, en cambio, Teresa lo comió de a pequeños trozos, mientras se levantaba a cada momento para beber de la fuente. Cuando al fin terminó con el pan, apoyó la cabeza contra el tronco de uno de los árboles y se durmió.

—Quilla —le dijo Antonio—, mira que en un momento te voy a despertar. No podemos entretenernos demasiado.

Teresa no le contestó, y Antonio se levantó para recostarla mejor sobre la hierba.

—Vete tú a saber desde cuando no duerme esta niña —dijo.

—¿Cuántos kilómetros hay de aquí a Almería? —Pregunté.

—Pues no lo sé con exactitud, puede que ciento cincuenta o así.

Me quedé anonadado.

—¡Ciento cincuenta! —grité—. ¿Vamos a caminar ciento cincuenta kilómetros?

—No nos queda otra opción. Y si vamos por este sendero... pues, serán muchos más. Con esos cabrones bombardeando no podemos ir por la carretera.

Veinte minutos después, Antonio se acercó a Teresa y la sacudió con suavidad.

—Venga, niña —dijo—. Despierta.

Teresa abrió los ojos y nos miró como si nos viera por primera vez.

—Me gusta mucho la lluvia, ¿sabéis? —dijo—, porque es fresca y cuando cae la gente se tranquiliza.

Antonio y yo miramos a Teresa, y ella nos miró a ambos, parecía segura de que lo que había dicho era lo más importante del mundo.

Antonio levantó y bajó los brazos varias veces, en un gesto que estaba entre el desconcierto y la impotencia.

—¡Hay que ver! —dijo—. Primero los italianos nos echan de nuestra ciudad, y ahora estos niños, que están uno más loco que el otro. Por favor, empezad a caminar de una vez, que si nos pilla la noche en los montes ya veréis.

Nos pusimos en marcha por un sendero similar al anterior, subiendo y bajando cerros. Antonio iba al frente dándose vuelta cada cierto tiempo y, cuando notaba que Teresa comenzaba a quedarse retrasada, le gritaba que se apurara. Al llegar a lo alto de una colina se quedó esperando a que lo alcanzáramos. Cuando llegué junto a él me senté un momento sobre una roca a esperar a Teresa.

—Me preocupa la niña —me dijo Antonio—. Es muy pequeña para andar tanto.

—¿Por qué has dicho que los italianos nos han echado? —pregunté.

—Pues, porque así es. El ejército italiano al mando del General Roatta fue el que entró en Málaga, mientras el Queipo del Llano ese aún debe estar emborrachándose en Sevilla.

En ese momento Teresa llegó a la cima de la colina. Se la veía exhausta. Antonio le ofreció una botella de agua que había cargado en la casa de la señora de las cabras. Teresa se la llevó a la boca y bebió la mitad del contenido de un tirón. Antonio señaló en dirección al mar.

—Desde aquí solo nos queda camino cuesta abajo hasta Torrox, y desde allí intentaremos retomar la carretera, si es que está despejada.

A partir de entonces el camino se hizo más liviano. A las cinco y media de la tarde la carretera apareció frente a nosotros. En el nutrido río de gente que pasaba noté un par de diferencias: los pasos eran más lentos que esa mañana, y había heridos vendados con trozos de camisas o pantalones.

Nos incorporamos a la caravana. Las únicas voces que se oían eran las de los niños que lloraban. A los lados de la carretera cada vez se veían más objetos abandonados. Los muebles era lo que más se quedaba atrás. Los caminantes esquivaban una mesilla de luz que había quedado en el centro de la carretera sin darle la menor importancia. El mueble valioso de alguien no tenía valor para nadie en el camino de la guerra.

Cuando las sombras se alargaron, el aire fresco del mar me obligó a volver a ponerme el abrigo. Antonio le dio su abrigo a Teresa. Ella lo miró, y al final se lo puso. Casi le llegaba hasta las rodillas.

—Gracias —dijo—. Anoche pasé mucho frío. Y gracias por traerme con vosotros.

El sol estaba a punto de tocar el mar cuando empezó a oírse un zumbido sordo y grave que poco a poco fue aumentando de volumen. La gente miraba hacia el mar, esperando ver el barco de nuevo, pero el horizonte estaba despejado. Poco después vi aparecer cuatro puntos negros saliendo de atrás de una montaña. Se los señalé a Antonio.

—¿Amigos o enemigos? —pregunté.

—Ya no tenemos amigos Gabriel —me dijo—. La república nos ha abandonado y los otros, ahí los tienes —levantó el brazo hacia los aviones—, vienen a matarnos.

Tomé la mano de Teresa y tiré de ella hacia un lado de la carretera. Saltamos desde el borde del terraplén y caímos entre las cañas. Sentí como me arañaba la

cara. Nos internamos en el cañaveral, intentando alejarnos lo más posible de la carretera antes de que llegaran los aviones.

El primer avión pasó como un rayo sin que nada ocurriera, pero casi de inmediato pasó el segundo y una detonación fenomenal hizo que nos lanzáramos al suelo por instinto. Sabía que faltaban otros dos aviones, así que volví a levantarme y seguí corriendo.

Más adelante entreví unas rocas que sobresalían en medio de las cañas y corrí hacia ellas. Mientras tanto se oía llegar el tercer avión. Esta vez el sonido del motor llegaba mezclado con el tableteo de las ametralladoras. Al llegar a las rocas me puse detrás. Un segundo después llegó Teresa y se tiró al suelo tapándose la cabeza con las manos.

No pude resistir la tentación de asomar la cabeza para mirar hacia la carretera. El tercer avión pasó rasante, a no más de diez metros de altura. Tenía un motor en cada ala y un tercero en el morro. Era negro, feo, siniestro y mortífero. Proyectaba dos hileras de balas que hacían saltar pedazos de concreto y segaban todo lo que encontraban a su paso. La carretera estaba desierta de gente, pero allí habían quedado los equipajes, los carros y los burros. La única excepción era una señora mayor que se había quedado plantada en medio de la carretera, mirando de frente al avión. Cuando el avión pasó sobre ella su cuerpo salió despedido, desconozco si por el impacto de las balas o por el aire generado por el aparato al pasar a tan baja altura.

Las ametralladoras continuaron disparando de forma implacable a lo largo de medio kilómetro, destrozando carros y equipajes hasta que el avión volvió a tomar altura. El cuarto avión pasó más alto, a cien metros o más, y cuando parecía que ya se iba soltó dos bombas que cayeron como a un kilómetro de distancia. Una nube de polvo y escombros empezó a levantarse en el lugar.

El silencio era total, todos quedamos medio sordos, hasta que se oyó un grito desgarrador y luego otro y otro. Gritos de heridos y de padres llamando a sus hijos.

En ese momento me acordé de Antonio y me asusté ante la posibilidad de que estuviera muerto, herido o que no pudiera volver a encontrarlo. Creo que Teresa pensó lo mismo que yo al mismo tiempo.

—¿Y Antonio? —me preguntó.

—Vamos a buscarlo —le dije.

Recorrimos el camino inverso hacia la carretera con el oído siempre atento al posible regreso de los aviones. Trepamos por el costado del terraplén y nos encontramos con un espectáculo desolador. Muchos habían intentado esconderse en las cunetas a los lados de la carretera, pero había sido una muy mala idea. La cuneta había sido efectiva contra los barcos que disparaban desde el mar, pero no contra una vista desde el aire. Las largas líneas de marcas de las balas pasaban exactamente por allí, y habían dejado pilas de cadáveres y heridos. Vi dos niños cubiertos de tierra y sangre que gritaban desesperados intentando liberarse de otros cuerpos para salir. Tomé al más pequeño por el brazo, tiré, pero el peso que tenía encima era demasiado grande. Bajé a la cuneta y moví dos cuerpos inertes para liberarlo. El niño salió ileso y empezó a correr sin rumbo y sin dejar de gritar. El niño más grande parecía herido en una pierna. Lo ayudé a levantarse, pero gritaba de dolor cada vez que intentaba apoyar el pie en el suelo.

—Siéntate —le dije, pero no me hizo caso. Se fue saltando en una pierna hacia dónde estaba el niño más pequeño, que ahora lloraba desconsolado junto a un cuerpo en la cuneta opuesta. Era un hombre que tenía la mirada clavada en un punto fijo. El niño mayor se agachó junto al hombre y le cerró los ojos. Cuando levanté la vista, vi que la misma escena se repetía hasta el infinito: niños llorando a sus padres, madres llorando a sus hijos, hermanos llorando a sus hermanos. No había médicos ni nadie que pudiera paliar ese dolor, y entonces me puse a llorar. No se podía hacer nada. ¿Qué tendría en la cabeza el que iba en el avión y apretaba el gatillo de la ametralladora sobre una hilera de personas desarmadas?

Al darme vuelta me encontré a Teresa intentando vendarle el brazo a una señora que sangraba profusamente. La venda resultaba demasiado pequeña y no lograba contener la hemorragia. Me di cuenta de que para encontrar una tela más grande tendría que sacarla de la ropa de algún muerto. Vi a un hombre que le faltaba un brazo y le saqué la camisa. Se me revolvió el estómago mientras lo hacía y no pude evitar el vómito, aunque poca cosa salió. Parecía que mi cuerpo había absorbido todo lo que había comido y bebido durante el día. Llegué a donde estaba Teresa y le hice un torniquete en el brazo a la mujer. Lo apreté lo más fuerte que pude y la sangre dejó de salir casi por completo. Cuando me puse de pie, la vista se me nubló y sentí que me caía, pero no llegué al suelo porque alguien me sostuvo y me ayudó a sentarme. Creo que no perdí el conocimiento del todo, pero no veía nada. Después de un rato, empecé a sentirme mejor y la vista me volvió. Antonio estaba frente a mí.

—Gracias a Dios que estáis los dos vivos —dijo—. Hace veinte minutos que os estoy buscando por el cañaveral, y vosotros estabais aquí ayudando a la gente.

Antonio se acercó a la señora herida. Le apoyó dos dedos en el cuello.

—No sé si le hice bien el torniquete —dije.

—Está bien hecho, pero apenas tiene pulso. ¿Cuántos años tienes?

—Once.

—Otro niño de tu edad hubiera salido corriendo y chillando al ver la sangre, y tú te has parado a ayudarla.

—En realidad fue Teresa quién empezó.

Antonio miró a Teresa, y luego a mí.

—Ambos sois muy valientes —dijo—, pero poco podemos hacer por esta gente que se está muriendo. No tenemos con qué ayudarlos. Lo único que podemos hacer es intentar salvarnos nosotros mismos.

Entonces sacó los dedos del cuello de la mujer.

—Se acabó —dijo y le cerró los ojos.

Más adelante solo encontramos muerte y destrucción. Al llegar al lugar en donde habían caído las últimas bombas descubrimos que una de ellas había dado en un autobús. La parte del motor aún estaba en llamas, y dentro del habitáculo se llegaban a distinguir las siluetas negras y humeantes de los cuerpos carbonizados.

Poco después de que cayera la noche llegamos a Nerja. El pueblo estaba a oscuras por completo, y las puertas de las casas cerradas y atrancadas. La gente vagaba por las calles buscando algún lugar en donde cobijarse para pasar la noche. Antonio nos guió por las callejuelas hasta un bar que resultó estar cerrado. Golpeó la puerta y luego la ventana.

—¡Alfonso! —gritó— Soy Antonio Reyes.

—¡Pues vete al cuerno! —contestó alguien desde adentro.

—¡Vete tú, y que te pillen los fascistas! —Antonio nos miró a Teresa y a mí—. Vámonos, que aquí no conseguiremos nada.

Al cruzar una bocacalle, desde la derecha nos llegó un grito largo y lastimero. Teresa se detuvo, pero Antonio continuó andando. Yo me quedé con Teresa. Cuando Antonio se dio cuenta de que no lo seguíamos, volvió sobre sus pasos.

—Ya les dije que no tenemos con qué ayudar a los heridos —nos dijo—. Además, estamos en un pueblo. La gente de aquí debería atenderlos.

El grito se oyó de nuevo. Más que un grito era un quejido. Entramos en esa calle y en el portal de una casa encontramos una mujer joven sentada contra la puerta. Antonio se agachó frente a ella.

—¿Estás bien niña? —le preguntó.

—Me duele —dijo ella.

—¿Dónde estás herida?

—En ningún sitio.

—Entonces, si no estás herida, ¿qué es lo que te duele?

—Ya viene.

Recién entonces me di cuenta del enorme vientre que la mujer se sujetaba con ambas manos.

—Ah, no —dijo Antonio—. De esto yo no sé nada. ¿Dónde está tu marido?

—Le han pegado un tiro en Torre del mar.

—Vamos a buscar ayuda —dijo Antonio, y se puso a golpear las puertas de las casas vecinas. Golpeó en siete u ocho, pero nadie le abrió. Cuando acabó con las puertas de esa calle, continuó con las de la manzana siguiente, hasta que dejamos de oírlo. Tiempo después la mujer se quejaba cada vez más, y Antonio no regresaba.

Pensé que se habría hartado de nosotros, y que la mujer embarazada habría sido la gota que le rebosó el vaso. Supuse que ya no volveríamos a verlo. Sin embargo, diez minutos más tarde apareció por la esquina. Traía la botella de agua llena, y se la ofreció a la mujer.

—Bebe —le dijo—. Parece que aquí no hay ayuda, solo agua. Así que bebe que es lo único que hay.

La mujer dejó la botella vacía en pocos segundos. Antonio me la pasó.

—La fuente está dos calles más arriba y una a la izquierda —me dijo—. Ve a buscar más.

Hice el viaje de ida y vuelta a la fuente varias veces, que era mucho mejor que estar frente a la mujer cada vez que tenía una contracción. Cuando regresé del cuarto viaje la mujer ya no gritaba, y el que lloraba era el recién nacido. Antonio ya había cortado el cordón umbilical. Usó el agua para lavar al niño y se lo entregó a su madre.

Me senté contra la pared de la casa. Estaba muy cansado. Antonio y Teresa se sentaron a mi lado. Al otro lado de la calle estaba la mujer con su bebé, que ahora tomaba del pecho.

—Tendríamos que dormir —dijo Antonio—. Pero estoy pensando que, en vista de la tranquilidad que hay ahora, quizás sea mejor caminar durante la noche. Si llegamos a Almuñécar, tengo un amigo que no nos negará techo y comida.

—¿Cómo ese que lo ha mandado al cuerno hace un rato? —preguntó Teresa, que hablaba poco pero que cuando hablaba parecía que sabía lo que decía.

—Ese no era mi amigo —dijo Antonio.

—¿Qué distancia hay hasta Almuñécar? —pregunté.

—Veinte kilómetros —dijo Antonio—. Pero el asfalto se acaba un poco más adelante, y a partir de allí la carretera es un pedregal, además empieza a subir y bajar.

Miré a la mujer y a su bebé.

—No podemos dejarla aquí —dije.

—Claro que no —dijo Antonio—. No podemos. Pero resulta que acaba de dar a luz y no podrá andar veinte kilómetros, y si nos quedamos aquí pasaremos hambre hasta que ya no tengamos fuerzas para continuar, y entonces vendrán los fascistas y nos matarán.

—Pues no me importa —dije—. Sigue tú solo, o con Teresa si quieres. Yo me quedaré aquí a cuidarla. No quiero seguir dejando morir a la gente.

—¿Por qué no buscamos un borrico para llevarla a ella y a su niño? —preguntó Teresa.

—Pues búscalo tú, niña —dijo Antonio—, porque de seguro en este pueblo hay muchas personas que querrán regalarte su borrico.

—Por mí no os preocupéis —dijo la mujer—, que yo no iré a ningún sitio. Me quedaré aquí y viviré o moriré, pero llevaros a mi hijo y salvadlo.

Antonio se puso de pie.

—Nada de eso —dijo—. Ninguno de vosotros estáis viendo las cosas con claridad. El que se queda aquí en la calle, muere. ¿O no habéis visto lo que han hecho hoy? Han usado barcos y aviones para matarnos. ¿Qué creéis que harán cuando lleguen aquí? No sé qué harán con la gente del pueblo, pero a todos los que hemos huido de Málaga nos quieren muertos. Para ellos todos somos rojos. Málaga ha sido el grano en el culo para todos los retrógrados, porque ha sido el único sitio

de España en dónde el socialismo ha funcionado, y ha funcionado a pesar de los comunistas, los anarquistas y todos esos locos de mierda. Entonces nos quieren bien muertos porque somos el mal ejemplo del que nadie tiene que quedar para contarlo.

—Yo no entiendo nada de todo eso que usted dice —dijo la madre del niño—. Pero lo que sí sé, es que el ejército que viene, tanto el de los italianos como el de los que se dicen españoles, han aniquilado pueblos enteros mientras avanzaban hacia Málaga, y por eso la ciudad entera ha huido. Se han ido todos menos los curas.

Yo no tenía claro que era peor, si quedarnos allí o salir a la carretera. En ese momento se abrió la puerta de la casa en dónde estaba apoyada la mujer con el niño, y apareció una señora con un candelabro en una mano y una pistola enorme en la otra.

—Ya estoy cansada del escándalo que estáis montando —dijo—. Ella y el niño pueden entrar. Tengo leche y comida, pero vosotros tres iros de una vez —levantó la pistola hacia Antonio.

—Señora —dijo Antonio—, solo le pedimos un recipiente para llevar más agua, y nos vamos.

—Ayudadla a entrar y les daré un bidón.

Antonio tomó el niño de los brazos de su madre y me lo entregó. Luego ayudó a la mujer a levantarse y la llevó dentro de la casa. Yo nunca había cogido un bebé en los brazos, no sabía ni como tomarlo. Entré en la casa con el niño. La dueña de la casa iluminó un sillón con la luz del candelabro mientras Antonio ayudaba a la madre a sentarse en él. Le entregué el niño y ella sonrió.

—Algún día él os devolverá lo que estáis haciendo —dijo la mujer—. Les doy las gracias por ayudarme, y a usted señora por darme un techo.

La dueña de casa no parecía muy conmovida por la escena y seguía con la pistola en la mano, moviéndola a derecha e izquierda.

—Cuidado con el trabuco, señora —dijo Antonio—. No lo sacuda tanto.

La mujer señaló la puerta de la derecha.

—En la cocina hay un bidón de cuatro litros —dijo—, llenadlo e id con Dios.

Antonio hizo lo que la mujer le decía y salimos a la calle. Eran las dos de la mañana y entonces caí en la cuenta de que en las últimas treinta horas todo lo que había hecho había sido caminar, correr y esconderme, no había dormido ni un solo minuto. Poco después de empezar a caminar me entró el sueño. Me mojé la cara varias veces, pero llegó un momento en que prácticamente me caía. Caminé un rato casi dormido, apoyado en Antonio, pero entonces Teresa, que por lo menos había dormido una siesta esa tarde, también empezó a tambalearse de sueño.

—Pues vale, yo también me estoy durmiendo —dijo Antonio—. Dormiremos tres horas y luego intentaremos avanzar algo más antes del amanecer. Seguidme, la cama más cómoda que conozco está por aquí —y nos guió hasta la playa, donde nos acostamos en la arena.

Apenas apoyé la cabeza, entré en un sueño profundo. Me parecía haber dormido unos pocos minutos cuando sentí que alguien me sacudía. Pensé que era mi abuela llamándome para ir a la escuela, pero al abrir los ojos aún estaba oscuro y solo pude distinguir el rostro de Antonio a la débil luz de una luna amarilla que recién se despegaba del mar.

—Son las seis —me dijo—. Aún podemos pasar la parte más desprotegida del camino antes de que amanezca. A partir de aquí no habrá cañaverales en donde esconderse.

La carretera seguía la línea de la costa, rodeando unas montañas que se internaban en el mar. Minutos después el amanecer empezó a despuntar. Con la luz empecé a ver a la gente. La mayoría habían parado a dormir en donde la noche los había sorprendido, recostados contra las rocas. En ese momento se despertaban con la luz del nuevo día. Los niños volvían a llorar pidiendo un desayuno que no había. Quince minutos más tarde ya todos estaban en pie, en una procesión más cansada, más golpeada y con más hambre que el día anterior. En contraste, el paisaje era

espectacular. La carretera curveaba a más de cien metros de altura sobre un mar verde turquesa.

Sobre las nueve de la mañana Antonio levantó el brazo y señaló la montaña más alta que se destacaba hacia adelante.

—Ese es el Cerro Gordo —dijo—. Cuando lo rodeemos ya veremos La Herradura, que es el pueblo anterior a Almuñécar. Hemos hecho más de la mitad del ca...

Antonio se interrumpió cuando un zumbido siniestro empezó a retumbar entre los cerros y, esta vez, todos sabíamos de qué se trataba. Era la muerte misma que llegaba volando en los macabros aparatos italianos.

El pánico fue generalizado. Miré al cielo y recorrí todo el espacio visual, pero a pesar de que el ruido aumentaba no fui capaz de ver los aviones. Antonio no miraba el cielo, miraba alrededor, intentando descubrir un lugar en dónde guarecernos.

—¡Allí! —Gritó—. ¡A las higueras!

Vi a qué se refería. Era un grupo de árboles de color verde oscuro junto a la siguiente curva del camino. El problema era que estaba a no menos de trescientos metros.

—¡Están muy lejos! —gritó Teresa.

—¡Corran! —gritó Antonio y se lanzó a la carrera.

Teresa lo seguía y yo iba detrás. Cruzábamos a personas que corrían en sentido contrario y Antonio les gritaba que lo siguieran. Algunos le hacían caso y otros no, pero sin embargo se fue formando un grupo cada vez más numeroso que corría junto a nosotros.

Un avión apareció de golpe desde atrás de la montaña, y pasó hacia el mar a bastante altura. Otros dos salieron casi juntos detrás de él. Ya faltaba poco para llegar a los árboles y Antonio seguía dando órdenes.

—¡Debajo de las higueras! —gritaba—. ¡Que nadie quede fuera!

Los aviones comenzaron a describir giros sobre el mar. Estaban buscando sus presas. Al llegar bajo los árboles Antonio continuó corriendo, internándose entre ellos. El lugar se encontraba en la boca de un cañadón angosto que se adentraba en las montañas. Intuí que además de la protección que nos daban las higueras, teníamos la ventaja de que sería imposible para un avión pasar en rasante sobre ese lugar. La gente llegaba al lugar a decenas, y se iban acomodando en las zonas más tupidas, otros aún deambulaban por la carretera.

—¡Aquí! —gritaba Antonio—. ¡Que no os vean!

Los aviones avanzaron hacia la costa, se separaron y se encaminaron a puntos distintos. Ninguno de los tres aparatos pasó sobre nosotros, pero pocos segundos después se oyeron cuatro explosiones casi consecutivas. No podíamos saber en donde habían caído las bombas, solo veíamos una pequeña porción de carretera justo frente a nosotros. El ruido de los motores rebotaba entre las montañas y era imposible saber en donde estaban. Minutos después un avión pasó rasante sobre la carretera, disparando las ametralladoras. Llegué a distinguir que era el mismo tipo de avión del día anterior.

—*Savoia Marchetti ese eme setenta y nueve* —empezó a recitar Antonio en medio del ruido y los gritos—. Bombardero semi pesado. Tres motores radiales Alfa Romeo de setecientos ochenta caballos cada uno. Ametralladora para arriba y ametralladora para abajo, y bombas de las que quieras, pensado para hundir barcos y derribar aviones, pero usado para matar a tontos indefensos como nosotros.

—¿Qué tienen los italianos contra nosotros? —preguntó un hombre.

—Pues eso mismo —le contestó otro—, que tú no eres italiano, y que además eres un rojo comunista.

—No es por eso —dijo un tercero—, es porque Franco les ha dado un puñado de lingotes de oro para matarnos.

—Franco no tiene oro —dijo Antonio—, el oro está en Barcelona, pero dentro de poco nada va a quedar de todo eso porque lo están mandando a Moscú.

—Entonces ya iremos nosotros un día a Italia a darles de lo nuestro.

—Y a Moscú a buscar el oro.

—Pensad primero en cómo vais a salir vivos de aquí —dijo Antonio.

Los aviones pasaron no menos de diez veces ametrallando la carretera. Por momentos parecía que se alejaban, pero luego volvían. No hubo más bombas excepto esas cuatro del principio. Nuestro escondrijo había resultado efectivo. Todos los que estuvimos allí, en la curva de las higueras, no menos de cincuenta personas, salimos ilesos.

Al fin los aviones se alejaron y volvimos a la carretera. Pensé que había pasado al menos una hora desde el comienzo del ataque, pero cuando Antonio sacó el reloj vi que solo habían pasado quince minutos. Los segundos contaban muy diferente en esos momentos de destrucción. Eran eternos.

El espectáculo era el mismo del día anterior. Muertos y heridos. La diferencia era que esta vez estaban más desperdigados en un tramo de carretera más largo. También había menos pertenencias destrozadas, ya que eran pocos los que aún seguían transportando equipajes. Dos hombres se disputaban un borrico, cada uno asegurando que era de su propiedad.

Poco podíamos hacer por los heridos. Los llevábamos hasta alguna sombra, porque el sol ya apretaba de nuevo, y les dábamos agua. Cuando Antonio gastó toda el agua lavando heridas, pensé que con ese sol nos moriríamos de sed.

—Tendríamos que haber guardado un poco para nosotros —le dije.

—No te preocupes —me dijo—. Lo importante aquí no es el agua, sino el recipiente.

Y tenía razón, porque poco más adelante encontramos un arroyo y recargamos el bidón.

Tal como nos había dicho Antonio, cuando rodeamos el cerro más grande, vimos allá abajo una playa preciosa con un pueblo de cincuenta casas: *La herradura*. La

bajada se hizo más amena porque había árboles que nos ofrecían algo de sombra. Antonio miraba a un lado y a otro, y pensé que buscaba enemigos.

—Sígueme —dijo, y se internó por un sendero.

Atravesamos un huerto y llegamos a una casa. Al costado de la casa había una hilera de árboles de los que pendían unos frutos verdes con escamas, que parecían alcachofas. Un hombre sentado al revés en una silla, con las piernas abiertas y apoyando los brazos en el respaldo, nos miraba con desconfianza. Al vernos estiró el brazo hasta tocar un arma larga que estaba apoyada al lado de la silla.

Antonio miró al árbol y luego al hombre.

—Solo uno para cada uno —le dijo.

El hombre no le contestó.

—Vamos hombre —insistió Antonio—, tienes cientos de frutos en esos árboles, tres no van a hacer diferencia.

—Tres frutas, tres pesetas —dijo el hombre.

—Pues vaya, tenemos aquí a un ladrón —dijo Antonio.

Pensé que el hombre iba a tomar el arma y comencé a retroceder. Teresa me miró y me imitó.

—Crees que te vas a hacer rico —dijo Antonio—, pues toma, te daré todo el dinero que tengo —metió una mano debajo del pantalón, sacó una pequeña cartera y la lanzó hacia adelante.

La cartera cayó cerca de los pies del hombre, que la levantó y la abrió. Metió la mano dentro y la sacó llena de monedas. Miró a Antonio con la boca abierta.

—Llevaos toda la fruta que queráis —dijo—. Llevaos el árbol entero si podéis.

Antonio recogió varios frutos y los amontonó en el suelo. Luego sacó una navaja y empezó a pelar uno. Por dentro eran blancos y por supuesto no eran alcachofas. Me dio a probar un trozo, era delicioso, dulce, y lo mejor de todo era que tenía mucho jugo.

Antonio peló una segunda fruta y se la ofreció a Teresa.

—Para que aprendáis —dijo—. Esto es una chirimoya.

Entonces se acercó al hombre, que estaba ocupado contando las monedas, y con un movimiento rápido le quitó la escopeta y le apuntó al pecho. El individuo ni siquiera levantó la vista de las monedas, parecía que no quería perder la cuenta.

—Treinta y seis —decía en ese momento—, treinta y siete, treinta y ocho pesetas. Eso no tiene cartuchos —dijo al levantar la vista.

Antonio abrió la escopeta y comprobó que era cierto. Volvió a dejar el arma contra la silla.

—Con el dinero que te he dejado, al menos me dejarás llevarme esa carretilla —dijo.

—Llévatela —dijo el hombre—, yo ya no pienso trabajar más en la vida.

Antonio tomó la carretilla y la llenó de chirimoyas. Mientras tanto yo ya me había comido dos, y Teresa, al menos tres.

Cuando regresamos a la carretera, Antonio se dedicó a repartir las chirimoyas entre los caminantes. La mayoría se las comían con desesperación, algunos sin pelarlas. En dos minutos ya no quedaba ninguna.

—No os desesperéis que allí detrás hay veinte árboles llenos —dijo Antonio, y le indicaba a la gente cómo llegar—. Hay un tonto con una escopeta, pero no tiene municiones.

—¿Por qué le has dado todo el dinero al hombre? —le pregunté.

—Porque tengo mucho más, y el peso de las monedas ya me estaba molestando. Además, creo que pronto el dinero no nos servirá de nada.

Los siguientes kilómetros se hicieron duros porque nos acercábamos al mediodía y el calor aumentaba. Por suerte en ese tramo encontramos varias fuentes para rellenar el bidón, y más chirimoyas y también mangos. La mayoría de los árboles ya habían sido raleados por las personas que habían pasado antes. En un momento me quedé parado delante de un árbol cuya parte superior estaba rebosante de fruta, pero que ya había sido despojado en sus ramas más bajas.

Teresa me observaba.

—No te preocupes —me dijo—. Esto es lo mío.

Y sin más empezó a trepar al árbol con una agilidad que solo me hubiera imaginado en un simio. A tal punto que cuando llegó a cierta altura empecé a temer por ella. La copa del árbol se balanceaba a un lado y a otro con su peso.

—¡No te arriesgues tanto! —le grité, pero no me hizo caso. Cuando alcanzó la zona con fruta empezó a lanzarla hacia abajo. Antonio la atajaba y la acomodaba en la carretilla. Fue un momento de distensión que por un rato me hizo olvidar en donde estaba y en qué circunstancias. Otros dos niños treparon al árbol, pero ninguno de ellos se atrevió a llegar tan alto como Teresa.

Cuando al fin Teresa bajó del árbol volvimos a ponernos en marcha. Después de comer la fruta se me fue la pesadez y el cansancio que había sentido antes. Y parecía que a mis compañeros también les sucedía lo mismo.

Eran ya las doce del mediodía cuando llegamos a un pueblo bastante grande.

—Esto es Almuñécar —dijo Antonio.

La mayor parte de la gente seguía de largo por la carretera sin entrar en el pueblo. Antonio giró por una calle muy angosta y se detuvo delante de una casa. Antes de que golpeará la puerta se movió la cortina de la ventana y un hombre nos observó a través del cristal. Enseguida se abrió la puerta y el hombre salió corriendo para abrazar a Antonio.

—Pensábamos que estabas muerto —dijo el hombre.

—Pues todavía no, Luis, pero salvé el pellejo por poco. Llegué a ver la división motorizada italiana bajando por la *Avenida de Carlos Haya*. Cuando vi los tanques entendí que estábamos perdidos, ya no se podía hacer más nada. Tiré el fusil y corrí. Pasé por casa y solo cogí el dinero. Ni me molesté en cerrar la puerta, así no tendrían que echarla abajo cuando me fueran a buscar.

—¿Y Paco? —preguntó Luis—. ¿Y los demás?

—La última vez que los vi estaban detrás de unos sacos de arena en la *Calle Mármoles*. Tú los conoces, ellos son anarquistas y patriotas, hasta el final. Y seguro allí se habrán quedado. Ahora deben seguir siendo anarquistas y patriotas, pero muertos.

—Quizás se hayan escondido.

—Todo es posible.

—¡Pero bueno! ¡Aquí estás tú! Pasa, hombre, estaréis agotados.

Luis nos sirvió tres vasos de vino blanco. Antonio e incluso Teresa se lo bebieron como si nada. Yo bebí dos tragos y la cabeza empezó a darme vueltas.

—Los niños están cansados —dijo Antonio—. ¿Dónde están los tuyos?

—Los he mandado ayer con su madre a Granada. Allí no hubo combates, y están los italianos que parece son más gente que los sublevados.

—Pues va a ser que no. A nosotros nos acibillaron a balazos desde sus aviones.

—Se lo oí decir a la gente, pero no puedo creerlo.

—Créelo, te lo digo yo mismo y de primera mano. ¿Se pueden acostar los niños?

—Claro, hombre.

Luis nos llevó a la habitación de sus hijos y me desmayé en la cama. Cuando Antonio me despertó, me parecía que solo habían pasado un par de horas, pero resultó que ya eran las siete de la tarde.

—Vamos, levántate —me dijo—. Tenemos que irnos. Hay malas noticias.

Nos costó mucho despabilar a Teresa, pero una vez despierta tenía una energía desbordante. En cambio yo me sentía aletargado y con las piernas doloridas por el trajín de los últimos dos días.

Luis nos sirvió pan con un jamón que estaba buenísimo, pero Antonio censuró el vino que insistía en servirnos su amigo. Luego nos hizo comer más pan untado con una pasta que había hecho con aguacates.

—Hemos oído por la radio que los italianos bajan de Granada hacia Motril para cortar la retirada de los que huyen de Málaga —dijo Antonio—. Tenemos que llegar allí antes que ellos o no pasaremos.

—Insisto en que os quedéis aquí —dijo Luis—. Incluso aunque pudierais llegar a Almería, ¿qué haréis allí?

—Tú sabes que a mí en donde me pillen, adiós —dijo Antonio—. No tengo alternativa.

—Pero hombre, puedes esconderte en la montaña hasta que se aburran.

Antonio miró un momento por la ventana.

—Me aburriré yo antes que ellos, bajaré de la montaña y la cagaré. No, mejor me voy... pero ellos —nos miró a Teresa y a mí.

—Por supuesto, ellos pueden quedarse —dijo Luis—. Cuando pase todo el lío ya los llevaremos a sus pueblos, con sus familias.

A mí la idea no me hacía ninguna gracia, quería respetar la decisión de mi abuela de no volver y, además, ya me había acostumbrado a Antonio.

—Yo me voy contigo —dije—. Aunque quizás a Teresa le convenga no alejarse más de su pueblo.

Teresa me miró con evidente enojo.

—Yo también voy con vosotros —dijo.

—Pues entonces —dijo Luis—, si no hay más remedio, les prepararé comida para el viaje

—Que sea rápido —dijo Antonio.

Luis cortó lo que quedaba del jamón a la mitad y metió una de las partes en un bolso, junto con varios panes. Antonio agregó una docena de chirimoyas.

Al salir a la carretera noté que la temperatura había bajado de forma notoria. Se veía mucha menos gente andando y los pocos que llegaban se metían en el pueblo a pasar la noche. Abandonamos la carretilla porque Antonio decía que teníamos que ir

lo más rápido posible. Él llevaba el bolso con la comida que también contenía el bidón con el agua.

Después del descanso nuestros pasos eran más ágiles. En poco tiempo avanzamos mucho terreno. Me entretuve contando los kilómetros mediante los mojones que había al lado de la carretera. El número iba descendiendo y, según Antonio, llegaban a cero justo en Motril. En ese momento pasamos el mojón del kilómetro diecisiete.

—En tres horas tenemos que estar allí —dijo Antonio.

La carretera fue subiendo hasta una altura considerable desde la que se empezó a ver el mar. En los pueblos de esa zona las luces estaban encendidas, lo que permitía adivinar la línea de la costa. A las nueve y media de la noche llegamos al mojón con el kilómetro diez.

—Vamos bien de horario —dijo Antonio—. Cinco minutos de descanso.

Sacó el jamón del bolso, cortó varias tajadas y las puso sobre el pan.

Sentí como el estómago me crujía, y me metí la comida en la boca. En ese preciso instante una explosión fenomenal me puso los pelos de punta y casi me hace atragantar. El cielo se iluminó con un resplandor rojizo que duró varios segundos, y luego la montaña que estaba sobre nosotros tembló. Antonio se puso de pié de un salto y empezó a mirar hacia todos lados. Nos empezó a caer tierra en la cabeza. Luego cayó una piedra del tamaño de un lavarropas, que rebotó en el asfalto a dos metros de Teresa y siguió camino barranca abajo hacia el mar. Otras piedras de distintos tamaños caían por todos lados. Creí que era el fin.

—¡Corran! —gritó Antonio, pero lo oí a lo lejos, como si estuviera en un sueño.

Teresa corría delante de mí y deseé que la primera piedra que nos diera fuera para a mí y no para ella. No hubiera podido soportar verla aplastada, me hubiera vuelto loco. Hacia el mar se veían destellos rojizos acompañados de explosiones. Eran los barcos que habían regresado con sus cañonazos. Ningún tiro daba en la carretera, todos los proyectiles impactaban más arriba. Pensé que en la oscuridad no

verían la carretera y por esa razón les fallaba la puntería, pero entonces un gran trozo de montaña cayó veinte metros delante de nosotros, aplastando a quién sabe cuántas personas. Y entonces entendí. Estaban dando en donde querían dar. Derrumbaban la montaña para cortarnos el paso.

Teresa se detuvo y choqué contra ella. Cuando se dio cuenta que era yo, me abrazó. Me apretaba tan fuerte que casi no me dejaba respirar, temblaba como una hoja y me hacía temblar a mí.

Antonio llegó a nuestro lado.

—¡Qué hacéis! —gritó—. ¡Venga! ¡Seguid corriendo!

Hacia delante el camino estaba interrumpido por el derrumbe, pero Antonio ya estaba saltando las primeras rocas y Teresa iba detrás de él.

Los seguí como pude. Trepaban como cabras y saltaban de piedra en piedra con gran riesgo de caer en alguno de los agujeros. En un momento, Antonio saltó a una roca más baja que la anterior, a una distancia considerable. Teresa dudó antes de saltar y se quedó inmóvil.

—¡Venga, niña! —la animó Antonio abriendo los brazos en posición de atajarla.

Teresa saltó y cayó sobre Antonio, derribándolo, y por un momento creí que ambos caerían al precipicio. Antonio volvió a ponerse de pie y miró hacia dónde yo estaba. Extendió los brazos para recibirme, pero cuando abrió la boca para hablarme no dijo nada. Noté que dudaba. Si no había podido resistir el peso de Teresa, que debía de pesar quince kilos menos que yo, conmigo el riesgo era aún más grande. La superficie que se podía pisar en la roca en donde ellos estaban tenía medio metro cuadrado. A los lados había dos pozos oscuros y, detrás, el abismo hacia el mar. A pesar de todo Antonio seguía ahí parado, con los brazos abiertos, esperándome. Recordé que él ya había dejado a compañeros atrás, en las trincheras de Málaga, y entendí que no quisiera dejar a nadie más. Decidí liberarlo de su compromiso y retrocedí. Buscaría otro camino o nada. Volvería sobre mis pasos, a mi suerte. Oí que Antonio me llamaba, pero otra explosión tapó su voz. Probé más

arriba, contra la montaña, pero llegó un momento en que no tuve cómo continuar. Me encontré delante de una rajadura enorme, infranqueable. Después de un rato volví al lugar por dónde habían saltado mis compañeros. Ellos ya no estaban. Allí la grieta era más angosta, pero me veía incapaz de saltarla. Las explosiones parecían alejarse hacia atrás. Esperé un rato a que llegaran otras personas, pero nadie llegó. Debía de haberse producido otro corte en la carretera detrás de mí.

Tenía que decidirme: volver o saltar. Cada vez que me preparaba para saltar no me atrevía, y cuando daba dos pasos hacia atrás me detenía. El camino por el que habíamos pasado lo conocía y me parecía el infierno, pero hacia delante quizás no fuera mejor. Entonces me acordé de mi abuela y ella me dijo lo que tenía que hacer: *Ir hacia delante.*

Salté, pero mi pie resbaló en el pedregullo justo antes de lanzarme y perdí impulso. En el aire entendí que mis pies no alcanzarían la roca de mi destino. La golpeé con el pecho y la cara. Oí un «*crack*», y supe que algo se había quebrado. Surgió una explosión de dolor en el centro de mi rostro y creí que me desmayaba. Había llegado, estaba agarrado a la piedra con mis brazos, aunque si perdía el sentido me caería. Luché por permanecer consciente y traté de esforzarme en terminar de subir a la roca con todo mi cuerpo, pero mis brazos perdían fuerza. A medida que pasaban los minutos cada vez tenía más claro que perdería la batalla, que al final caería. Por fin mis brazos se aflojaron y comencé a resbalar.

Veinte centímetros más abajo mi pierna derecha tocó un saliente, solo un pequeño borde de la roca, pero que fue suficiente para detener la caída. Me relajé un instante. Sentía como la sangre me corría por el rostro. Tenía que subir, de alguna manera tenía que hacerlo.

Con el pie derecho apoyado, pude mover la otra pierna y buscar otro apoyo. Encontré un agujero en donde meter el pie izquierdo, un poco más arriba de donde estaba el derecho. Hice fuerza y me levanté. Por primera vez mi cara superó el nivel

de la piedra, y pude agarrarme mejor con los brazos. Volví a hacer fuerza y logré poner un pie sobre la roca. Lo había conseguido.

Sin tomarme descanso, empecé a descender por el otro lado. Fui moviéndome con mucho cuidado hasta que pisé de nuevo la carretera. El bombardeo había cesado, pero a diferencia de las oportunidades anteriores, no se escuchaba ningún grito ni lamento. Todo estaba en silencio. Todos se habían ido o habían muerto. Estaba solo.

Empecé a caminar. Mis pasos eran lentos y vacilantes. El dolor en el rostro me mareaba. Pensé en Antonio y en Teresa. ¿Cuánta ventaja me llevarían? Si ellos seguían al mismo paso que antes del derrumbe, irían mucho más rápido que yo, y esa ventaja iría en irremisible aumento. Intenté correr, pero las piernas no me respondían, y la cara se me transformó en un volcán de dolor caliente. Al tocarme la nariz, encontré que estaba girada hacia la izquierda en medio de una pasta de sangre y barro medio seca y pegajosa. Me resigné a no alcanzar a mis compañeros, haciendo que mis pasos fueran lo más suaves posible, en un intento por mitigar el dolor que sentía. Tenía que llegar a un pueblo para que alguien me atendiera. Solo quería que el dolor desapareciera.

A pesar de mi lentitud, nadie me alcanzó. Era evidente que el derrumbe había cerrado el paso por completo. Ya nadie detrás de mí podría seguir el camino de Almería.

Pasó un tiempo largo, indefinido, en donde solo oí los latidos de mi corazón retumbando en mi nariz, hasta que empecé a percibir un leve resplandor que al final se transformó en un cielo azul cobalto que anunció el amanecer.

Vi un pueblo sobre una colina, entre la carretera y el mar, pero me pareció demasiado pequeño y alejado del camino. «*Salobreña*», rezaba un cartel. Preferí seguir. A partir de allí empecé a alcanzar a las personas que habían parado a dormir en ese pueblo, la mayoría eran familias con niños pequeños, lo que convertía su andar en aún más lento que el mío.

Volví a tocarme la cara y noté que la tenía hinchada como un globo. Me asusté, y decidí que no dejaría pasar el próximo pueblo que apareciera.

Le pregunté cuánto faltaba a una señora que puso expresión de espanto al ver mi cara..

—¿Motril?, falta poco —me dijo.

Poco después vi el pueblo, que era grande, casi una ciudad. Pero había un obstáculo importante antes de llegar a él: un río de casi cincuenta metros de ancho.

Y el puente de la carretera había sido destruido.

Las personas se amontonaban en la orilla y cruzaban el cauce tomándose de una soga que iba de lado a lado. El agua no parecía muy profunda, a una persona adulta apenas le pasaba la rodilla, pero corría con fuerza, y el lecho parecía estar cubierto de grandes piedras que dificultaban la marcha. Inmensa fue mi alegría cuando vi que en la fila de gente que esperaba para cruzar el río, estaban Antonio y Teresa. Al verme, Antonio se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué te ha pasado, niño! —exclamó—. ¡Cómo tienes esa cara!

Vi que a Teresa se le caía una lágrima. ¿Tan mal me veía?

Alguien me dio dos golpes en la espalda.

—No te adelantes, niño, que te estoy viendo —me dijo un hombre.

—No te preocupes —dijo Antonio—, nos vamos todos para atrás —Él y Teresa abandonaron su lugar en la fila para irse conmigo al final de todo. Habría unas doscientas personas, y el cruce era lento en extremo. En ese momento una familia se había quedado en el medio del río y no se movían. Pretendían vadear el río con bultos al hombro y niños en brazos. Vi que a ese ritmo tardaríamos horas en cruzar. Antonio no podía quedarse quieto de la impaciencia.

—Vamos —dijo—. Tenemos que cruzar como sea.

Caminamos río abajo hasta un lugar en donde la corriente era menor, aunque parecía más profundo.

—¿Sabes nadar? —me preguntó Antonio.

—Sí —le contesté.

—¿Y tú?

Teresa asintió con la cabeza.

Sin más preámbulos Antonio metió un pie en el agua y luego el otro. Se dio vuelta y extendió un brazo para tomar la mano de Teresa.

—Mientras podamos, no nos separemos —dijo.

Tomé la mano libre de Teresa y los tres nos metimos al río. A medida que avanzábamos la profundidad iba en aumento, hasta que el agua me llegó a la cintura, luego pareció estabilizarse. No era fácil caminar allí. Las piedras del fondo rodaban sobre sí mismas y nos hacían trastabillar. Antonio pisó en falso y casi se cae. Nos detuvimos un momento a recuperar el aliento. Miré hacia una y otra orilla, comparé distancias, y calculé que habíamos hecho más o menos una tercera parte del trayecto. Entonces se oyó una explosión lejana. Después de medio minuto se empezó a oír un murmullo que poco a poco fue subiendo de intensidad. Lo siguiente que oímos fue el griterío de la gente que estaba cruzando el río más arriba. No podía ser nada bueno, y lo comprobamos por nosotros mismos cuando la avalancha dio la vuelta al recodo del río.

Era una pared de agua de tres metros de altura.

Por instinto tiré hacia atrás de la mano de Teresa, pero Antonio no dejó que se moviera, parecía que quería seguir hacia adelante aunque aquella orilla fuera la más lejana. Cuando volví a mirar en dirección a la avalancha, me di cuenta de que estábamos perdidos de todas formas. No llegaríamos a ninguna parte, ni hacia adelante ni hacia atrás. La columna de agua estaba a menos de doscientos metros y avanzaba a una velocidad fenomenal.

—¡Cuándo nos alcance meteos por debajo! —gritó Antonio— ¡Cómo cuando enfrentáis una ola del mar!

Eso a mí eso me pareció una reverenda tontería, era como querer para un camión con la mano.

Antonio tiró de la mano de Teresa y yo los seguí. Me imaginé una cuenta regresiva a la que ya no le quedaban más que diez segundos. Y conté: diez... nueve... ocho... siete... seis... estábamos más o menos en el centro del río. Cinco... cuatro... tres... estábamos muertos. Lo que se nos venía encima era un infierno marrón, borbotante y tenebroso que nos iba a engullir.

—¡Ahora! —gritó Antonio—. ¡Abajo!

Y me tiré de cabeza frente a la ola.

Al principio no ocurrió nada. Solo el silencio de estar bajo el agua. Luego todo se oscureció y una onda de choque me lanzó hacia atrás. Empecé a dar vueltas. No sabía si estaba cabeza arriba o cabeza abajo. Esperé el golpe contra el fondo pedregoso, pero los segundos pasaron y eso no sucedió, mientras seguía sin parar de girar. Me di cuenta de que había cerrado los ojos. Los abrí, pero fue lo mismo que nada. La oscuridad era completa y empecé a necesitar aire. Me había olvidado de tomar esa bocanada salvadora que uno siempre toma antes de entrar al agua. ¿Sería esa la razón de que no saliera a flote?

El tiempo se hacía eterno, sabía que no podría aguantar mucho más, y entonces empecé a ver de color marrón y luego burbujas. Mi cabeza salió al aire y no dejé pasar la oportunidad. Llené los pulmones. El río era un revoltijo de cosas flotando: ramas, troncos, valijas, ropa y gente. Intenté ver a Antonio o a Teresa, pero no me fue posible. La riada era furiosa y me hacía girar. En un momento pude identificar la orilla e intenté ir hacia ella, pero al nadar en transversal a la corriente los objetos arrastrados me golpeaban, y entonces opté por nadar en diagonal, río abajo. Algo grande me golpeó. Era una persona, estaba cabeza abajo y no se movía. Me zafé del cadáver y seguí nadando. Entonces la corriente empezó a perder velocidad. Cuando miré hacia adelante descubrí el motivo. La orilla del río se acababa, estaba saliendo por la desembocadura, al mar. Nadé en dirección hacia la última orilla visible, pero la fuerza del río me alejaba de forma inexorable y entonces los vi.

Ambos estaban en la orilla, tomados de la mano. Habían llegado, y miraban hacia el río, buscándome.

Me relajé, al menos ellos se salvarían. Entonces Teresa levantó la vista y me vio.

Levanté la mano y la saludé, mientras al mismo tiempo me hundía. Intenté volver a flote, pero mis brazos extenuados no me respondían. Como última defensa cerré los ojos, y entonces escuché un «*plop*» en mis oídos. Es el agua entrando pensé. Hubo otro «*plop*» y sentí un golpe en la cara.

No aguanté más y aspiré. El agua me llenó y noté que caía, que me iba para el fondo. Y poco a poco me fui perdiendo. Era como dormirse, y fui consciente de que ya no habría un despertar.

Me fui a un lugar blanco y tibio, que era casi como la costa de Málaga pero mucho más verde. La vegetación lo invadía todo, era el paraíso. Mi abuela estaba sentada en la entrada de una casa, en una mecedora, y me daba la bienvenida con los brazos abiertos. Allí había otra mecedora esperándome a mí. Me senté en ella y mi abuela me tomó de la mano. Delante nuestro estaba el mar, turquesa, y la gente paseaba por la playa. Me puse contento. Al final, la muerte era dulce.

Entonces sentí un fuerte golpe en la espalda. La miré a mi abuela. «*Tienes que volver*», me dijo. Hubo otro golpe en la espalda, entonces su imagen y la de la casa en el paraíso desaparecieron, y todo se puso negro. Con un tercer golpe abrí los ojos para ver como de mi boca salía una cantidad de agua inverosímil. Quise aspirar, pero aún mis pulmones estaban inundados, y volví a vomitar otro torrente de agua. Entonces el aire entró, tosí y entró más. Oía gritos a mí alrededor y vi que era Teresa que gritaba de alegría. Antonio me sostenía, su propia respiración estaba muy agitada. De alguna manera él me había sacado del mar, de ese mar que ya casi me había engullido.

Cuando pude recuperarme supe dos cosas: que mi abuela ya no me esperaba en Málaga, y que Antonio y Teresa serían, a partir de entonces, mi familia.

—¿Sara? ¿Me llevas?

—Claro, abuelo.

Gabriel y su nieta subieron al coche y avanzaron por la nacional 340 con el aire acondicionado apagado y los cristales bajos.

Sara era la única persona que le prestaba atención. Gracias a ella había podido ensamblar la historia entera y ponerla por escrito. Por casi toda una vida había intentado olvidarla, pero los recuerdos siempre volvían como fogonazos de luz: el bar de la leche en Torre del Mar, el momento en que había visto a Teresa por primera vez, la aviación italiana ametrallando la carretera, las chirimoyas de Almuñécar y el casi fatal cruce del Guadalfeo.

Ya casi estaban llegando.

Casi todos los lugares por los que había pasado ochenta y cuatro años atrás estaban irreconocibles, pero ese seguía intacto.

Gabriel bajó del coche y caminó del brazo de su nieta aunque no lo necesitaba. A sus noventa y cinco años de edad aún podía andar un par de kilómetros sin cansarse demasiado. Entró debajo de los árboles y miró hacia arriba, observando el cielo por los huecos entre las hojas. Ya no había aviones negros en el firmamento, pero él no podía dejar de volver allí, a la curva de las higueras, a asegurarse de que no hubieran vuelto.

Florencio Varela, Argentina, 16 de Noviembre de 2021